



La malhadada Masacre de San Juan en 1967, el poeta Jorge Calvimontes escribió por primera vez tuvo un inesperado desenlace. El periodista e investigador sucedido:

Juan cobró una víctima en Sucre

más o menos

infatigable poeta «palabra» y otros más a todos sus para reunirse en la Unión Nacional de la que era varias decenas de reunidos en la Sica-Sica y el sobre la función transformador a vida espiritual

obstantes puesto no estaba en organizados y, ma, a la cabeza por defender sus avasalladas por no general René errilla amagaba ha generalizada Che Guevara la

as el poder, en cidió adelantarse de mineros y lio después un ente, el gobierno acción de matar». dujo la Masacre miento luctuoso nes oficiales adinas de muertos. or sorpresa» los de Siglo XX, al lo, cuando mu e calentaban al y con algunos

r, sin duda y que a estudiado aún to. en Sucre, sensi- lntieron horrori- con una mezcla ntenibles. parecer en una escribió su «Fo- miendo el senti-

Paraninfo Uni- ad de San Fran- público, con su t, como salida de e la mina, Jorge elocución:

«Te lo juro hermano mío
yo sólo vine a cantar...»

En el climax de la declamación, cuando Calvimontes imitaba el sonoro ruido de las ametralladoras, «ra ta tac tac», causando sorpresa y conmoción cayó al suelo uno de los espectadores: Miguel Angel Turdera Pereyra, maestro normalista y estudiante universitario que a la sazón tenía 33 años y era presidente del Centro de Estudiantes de Derecho. Vanos fueron los intentos por reanimarlo, ya que la muerte, producida por un infarto, había sido instantánea. No resistió el impacto provocado por los versos de Calvimontes.

Turdera fue una víctima adicional de lo ocurrido en los centros mineros. Según sus familiares era un hombre sano y robusto que cursaba los últimos cursos de derecho y que tras el incidente dejó en la orfandad a su hija de cuatro meses de edad. Simplemente su corazón explotó de emoción.

A raíz de lo sucedido aquella noche (26 de junio de 1967), el poeta Jaime Choque Mata escribió un poema dedicado a Miguel Turdera en el que atinadamente le dice: «tu puedes definirnos qué es la poesía».

Existe también una traducción del poema de Jorge Calvimontes al idioma quechua realizada por Alicia Terán de Dick. La versión en idioma nativo es desafiante por sus muchos arcaísmos y palabras difíciles, pero vale la pena confrontarla con la original en castellano.

A continuación los versos de Calvimontes. Lea con cuidado estos versos, por si acaso, más aún si tiene afecciones cardiacas.

La Fogata de San Juan

Te lo juro hermano mío,
yo sólo vine a cantar...!
Marinero del ensueño,
que escapándose del viento
a tus puertas se detuvo
yo buscaba el lirio esbelto,
la amancaya y el maduro
durazno de tus afectos.

No te miento hermano mío,
si digo que en estos dedos
que han adobado la sal,
yo traje para mi pueblo
la espiga de un madrigal.

Mi bajel que ha recorrido
los mares de la floresta
y la ensenada del frío,
trajo al alba de tu fiesta,
la ternura y el rocío.

Te lo juro, hermano mío,
yo sólo vine a cantar:
pero en junio se ha encendido
la Fogata de San Juan
con la vida de los niños que un día
pidieron pan.

Yo vine a cantar mis sueños,
a decir mi afán de vida.
Pero, el sueño ha despertado,
tinto en sangre y agostado
por tu furia Capitán...!

Habrás chisporroteado el brazo,
crepitado aquel pulmón
tras la ruta del balazo
que explotó en tu corazón.

¿Hay madre...! por qué encendieron
la Fogata de San Juan...?
¡Cómo han brillado esa noche
tus galones Capitán...!

Te lo juro, hermano mío,
yo sólo vine a cantar
pero es tan profundo el río
de la sangre y el metal
que el ritmo se desvanece
y el hombre quiere gritar...!

Ahora dejo en tu regazo
la cadencia de mi verso.
¡Ay madre, en tus manos dejo
mi silencio avergonzado;
la rosa dejo en tu pecho,
la aurora en tu esperar.
Esto que nos han hecho
Ya no se puede callar...

¿Por qué has manchado el rocío
con la sangre General?
Silencio, silencio niño,
no te vayan a quemar...

Diálogo de un soldado
y un obrero del metal:
«Desgarrado siento mi pecho»...
¡Silencio te estoy matando...!
ya no podremos cantar...

Ha rodeado el campamento
un escuadrón acechante,
¡silencio que nadie cante...!

lo ha ordenado el comandante:

- Viva mi patria Boli...
Ra ta ta ta tac...
Ay compadre te he matado,
no debías protestar.

El fuego se está apagando
las piedras van a llorar
sigan matando mineros:
soldados sepultureros
del funeral nacional...
¡Cómo han brillado esa noche
tus galones General...!

Silencio, silencio y miedo,
sobre el opaco metal.
Me ha preguntado la gente,
si el estaño boliviano
se vende más fácilmente
cuando en sangre está bañado...

Antigua la pena, antigua...
Un soldado temerario,
con su fusil reluciente,
te ha mejorado el salario
destrozándote la frente...

No sé por qué tanta angustia
las lámparas han quemado.
La aurora es siempre mustia
si la vigila un soldado.

¡Ay pulmón cómo han llenado
tus cavernas con el plomo...!

Minero estás llorando
sobre tu aliento de estaño
y en la casiterita vil
del sueño que te hizo huracán,
la culata de un fusil
te ha devuelto al desengaño...

Te lo juro hermano mío,
yo sólo vine a cantar;
pero es tan profundo el frío
que ha sentido un General,
que es probable que mañana,
también nos quieran quemar...

Carlos Sorla-Galvarro Terán